

## LA PIEDRA SALTARINA

A pesar de que ya llevábamos veintiún días de novios, desde ese mes de febrero de 1962, no había tenido oportunidad de platicar con mi suegro, quizá porque hasta esas fechas de nuestro noviazgo, en Felipe Carrillo Puerto, Quintana Roo, era de cinco de la tarde a ocho de la noche y con don Isaías, no nos veíamos, ni había posibilidad de encontrarnos, porque él se iba a trabajar a la oficina de la Cooperativa del Chicle, de la cual era el Contador, en la tarde antes de la cinco, por su prurito de puntualidad a la inglesa y en igual forma, yo, obsesivo con la hora, llegaba de visita a la casa de mi novia, a las cinco de la tarde, sí, a las cinco en punto de la tarde, (como en la poesía de apablo Neruda) y tocaba a la puerta de entrada, e inmediatamente después de la última campanada del reloj, Chanita, como su padre y yo, inmersos con la puntualidad, abría al momento y esa exactitud me hacía pensar en que ella estaba pegada a la hoja, con más precisión que un reloj atómico, en el momento en que sonara mi toquido, cual sexta campanada (por supuesto), abría y me recibía con la más dulce de las sonrisas.

---Te estaba esperando con ansias, Jorge Arturo, ---tomó una bocanada de aire, y se alteró mi sistema de alerta temprana (como si fuera un sismo, explicable, por cierto, porque al escucharla decir mis dos nombres: Jorge y Arturo, yo ya temblaba, esperando o imaginándome lo peor)---. ¿Por qué estás tan pálido? Mi papá quiere vernos, luego de que salga de su oficina en la noche y por eso te invito a que en cuanto oscurezca y enciendan las luces, nos vayamos al parque. Ahí lo esperaremos y platicaremos con él, sin ser molestados por nadie.

Un sudor profuso brotó de mis poros y quedé mojado como si no me hubiera secado, luego de haber tomado un baño. Cerré otra vez los ojos en la obscuridad y, ¡ya no estaba la visión! Colegí, entonces, que había tenido una pesadilla, que tomó forma luego de escuchar mis nombres, tan real que me llevó a ese estado de humedad. Consulté mi reloj de carátula fosforescente y vi que las agujas marcaban las cuatro de la mañana. Me senté haciendo malabares para no caerme de la hamaca y sobreviví, sentándome en la orilla. Claro que sí. ¡Había tenido un mal sueño, demasiado real!

Me levanté a las nueve horas, con una inquietud que atribuí a la incómoda experiencia de soñar vívidamente.

Desayuné huevos estrellados cubiertos de cebolla morada cruda, picada en trocitos y rociado todo, con semillas de pepita de calabaza en polvo y luego de terminar, fui a la cancha a jugar volibol con mis amigos. Terminando me dirigí a la casa, a tiempo para saborear un pollo en coloradito, un mole de Oaxaca, con la receta que nos proporcionó don Nef, de su natal Oaxaca, que la cocinera interpretó magistralmente para mi beneplácito. Hicimos sobremesa y a las cuatro pude bañarme para estar listo. A las cinco estaba tocando en la casa de mi amor.

Ella abrió la hoja y dijo:

---Te estaba esperando con ansias, Jorge Arturo, porque ... ---cuando tomó la bocanada de aire, se alteró mi sistema de alerta ¡porque estaba reviviendo en mis cinco sentidos, lo mismo que me provocó la pesadilla! Al escuchar mis dos nombres, ya estaba yo temblando como me sucedió en mi mal sueño.

Intervine con cierto resquemor:

---¿AhoraMme vas a preguntar del porqué estoy tan pálido? --agregué---: Que tu papá quiere vernos, luego de que salga de la oficina, en la noche ---completé espantado. ¿Era una especie de premonición o un déjá vu?

---Por eso te invito a que en cuanto oscurezca ---continuó Chanita--- y enciendan la luz, nos vayamos al parque.

---Si, ya sé ---continuó---. Ahí vamos a esperarlo, para platicar con él, sin que nadie nos moleste.

Su expresión se fortaleció con la inusitada apertura, por segunda vez, de sus pispiretos ojitos.

Hubo necesidad de que yo le explicara, con lujo de detalles, todo lo relacionado con mi sueño.

---Entonces, ¿quieres decir que sabes lo que te voy a decir? ¡Qué chévere! A ver si eres tan bueno...

---Bueno, vamos al parque y te voy a comer a besos ---dije.

---¡Vaya, vaya, con mi adorado tormento! ¡Ahora resulta que además de brujo, saliste caníbal!

---Vámonos de una vez al parque ---propuse--- cambiemos nuestra rutina diaria.

---Me agrada la idea y así podremos checar si de aquí en adelante ya no vamos a tener chaperón.

Chanita entró a su casa y a los pocos minutos salió radiante de felicidad.

---¿Y eso, por qué sonríes?

---¡Pues porque nos levantaron la canasta!. Pasaste el examen con mención honorífica. Falta, ahora, el que puede ser definitivo.

---¿Examen... mención, examen definitivo? ---¿yo?, en la Luna---. Non capisco

---Si sabes decir non capisco, o sea, no entiendo, en idioma italiano. ¿De verdad no entiendes lo del examen y la prueba? Por tu gesto veo que no agarraste la onda.

---La verdad es que no.

---Mira, amor, mí mamá y mi tía Dinita, mamá Segunda, como le decimos de cariño, estudiaron en el Colegio Americano, en Mérida, en donde recibieron una educación muy especial, incluyendo las reglas y normas de la sociedad.

---¿Como el Manual de Carreño?

---Exactamente. ¿Ya entendiste? Pudiste pasar y pasarás las pruebas, porque así te educaron. Lo traes en la sangre. ¿O no?

---¿Y tu papá? ¿Él también está en esto?

---Adivina cuál es la prueba final si la pasas, seguiremos adelante con nuestro noviazgo.

Hasta ese momento me percaté de que hacía rato que estábamos en el parque y ya estaba funcionando el alumbrado eléctrico. Vi mi reloj, el cual marcaba las siete cuarenta y cinco de la noche y de pronto, la luz de algunas partes se apagó. Nos sentamos en una de las bancas que rodeaban el kiosko.

---Quiero decirte Jorge Arturo ---otra vez mis dos nombres me provocaron una especie de taquicardia y cierto resquemor---. No creo que pases el examen con él, pues está muy molesto contigo. Como que oyó algo no agradable de ti, con los lugareños. Mejor nos escapamos de él hoy y otro día lo entrevistamos. ¡Agáchate, viene para acá! ¡Ya salió de la oficina! Pude ver su conocida figura a contraluz.

---¿Qué hacemos?

---Corramos hacia atrás del kiosko. Nos va a tapar, con la ayuda de lo obscuro.

Así lo hicimos y nos alejamos hacia la iglesia, donde había menos iluminación. Mi suegro se dirigió en diagonal hacia su casa. Nosotros aprovechamos para escondernos, protegidos por una de las bancas. De la carrera y los nervios tuve necesidad de sentarme sobre una piedra medio bolona, según pude apreciar en la penumbra. Me senté y me extrañó sentirla relativamente suave.

Chanita empezó a reírse y me imaginé que lo hacía por los nervios. Me quedé viéndola, preocupado, aunque don Isaías ya había penetrado a su domicilio. Se puso seria, compungida.

---¿Y ahora que te pasó?

---Me da pena lo que voy a confesar. De antemano te pido perdón. Te juro que no pensamos que ibas a tomarte esto tan en serio.

---“Pensamos”, dijiste. ¿Quiénes?

---La familia y yo. Quisimos vacilarte, pero no me imaginé que te lo tomaras tan a pecho.

---¿Y tu papá?

---Te quiere de corazón. Recuerda que él fue el primero que me habló de ti. Fue nuestro cupido.

De pronto, la piedra sobre la que pude acomodarme, se movió. Me espanté y me hice a un lado, pues en ese instante, un tremendo sapo de no menos de veinticinco centímetros de altura se alejó saltando.